

Diario de viaje

MANUEL CUENYA
ESCRITOR Y PERIODISTA

Berlín como destino, adonde el escritor berciano Gil y Carrasco fuera a parar en una misión diplomática, en un viaje sin retorno, al menos en vida, pues el autor villafranquino murió joven y tuberculoso como buen romántico y fue enterrado en el desaparecido cementerio de Santa Eduvigis, al lado de la Unter den Linden, la famosa avenida bajo los tilos, que a uno lo devuelve a la capital alemana, donde otro berciano ilustrado, Miguel Ángel García Rodríguez, ejerce en la actualidad como corresponsal de *Televisión Española*.

Como si de una premonición se tratara, el autor de *El Señor de Bemibre* cuenta en sus *Diario de viaje* que si la suerte le condenase a vivir y morir lejos de los suyos, “de lo que he visto hasta ahora escogería este pueblo”. Se refiere a Coblenza que “es la ciudad mejor situada que hasta ahora he visto en el Rhin, y tal vez en ninguna otra parte, tanto por la confluencia de los dos ríos y de varios caminos que allí se juntan, como por los accidentes de su terreno, todos diferentes y todos esencialmente pintorescos...” [*Diario*].

3.1. Recorrido por Europa

A primeros de abril de 1844, y por encargo de Luis González Bravo, presidente del Consejo de Ministros, Gil es nombrado secretario de la legación española en Berlín, lo que le permite realizar un viaje político-económico por Europa con el objetivo de reestablecer relaciones diplomáticas con la corte de Prusia.

El políglota escritor, que estudió alemán antes de partir rumbo a su destino, nos relata en sus *Diario de viaje* un recorrido por diversas ciudades de Francia, Bélgica, Holanda y Alemania, en el que sería su último y gran viaje. Sabemos que Gil salió de Madrid en diligencia, puesto que él mismo hace referencia a esto, y llegó a Berlín el 23 de septiembre de 1844.



El primer y segundo relatos de su viaje por Francia (*Viaje a Francia y Rouen*) fueron publicados en *El Laberinto*, periódico con el que colaboraba Gil. En su primer artículo, que le envía al director, el autor del Bierzo se queja de la rapidez del viaje y la imposibilidad de escribir con fundamento sobre el mismo:

He caminado de un tirón las 87 leguas que hay desde Marsella a Lyon, y de otro tirón o poco menos las 119 que separan a esta gran ciudad de París. ¿Cómo quería usted, pues, que trazase mis garabatos sobre impresiones tan fugitivas, ni fabricase la armazón de mis reflexiones sobre tan flacos cimientos?

Francia

El relato de su viaje comienza en Francia y discurre por este país, de sur a norte, hasta llegar a Lille, en la frontera con Bélgica.

Parte desde Marsella, de la que dice que es una ciudad alegre, con un puerto muy hermoso. Una Babel dividida en dos partes, “la ciudad antigua, alta, encaramada y llena de calles retorcidas y oscuras” y una ciudad “moderna, alegre, bien trazada, con calles tiradas a cordel y cortada en ángulos rectos”. De ahí se va a Avignon, “antigua residencia de los Papas”, que le causa una agradable impresión. “Aunque las impresiones quedan, el nombre de los lugares sin la ayuda de un guía no correría la misma suerte”.

Prosigue su viaje hasta Valence por el valle del Ródano, disfrutando de la Naturaleza, que es lo que más llama la atención al poeta romántico berciano, mucho más que el paisanaje, sobre el que a lo largo de su recorrido nos ofrece brevísimas pinceladas. Llega a Lyon, que le ofrece desde las alturas de Fourvière uno de los panoramas más hermosos que pueden imaginarse. Un espectáculo –dice él– que no se borra fácilmente de la memoria de quien lo ha visto.

En esta ciudad también visita la exposición industrial. Rueda por los campos de La Borgoña, que se le antoja una pintura de Claude Lorrain, uno de los grandes paisajistas franceses del siglo XVII. Visita el palacio de Fontainebleau, a las afueras de París. Se dirige a Corbeil para tomar el ferrocarril (‘camino de hierro’, escribe Gil por la influencia francesa de *chemin de fer*). Llega a París, “la capital del mundo civilizado”, cuya fisonomía le resulta extraña, aunque sea “una especie de patria común”. Sobre la capital francesa Gil nos muestra sensaciones e impresiones contradictorias, porque, por un lado no parece que le resultara muy atractiva, mientras que por otra parte habla de esta ciudad como un lugar



en el que se siente como en casa, por la cantidad de españoles y españolas que viven en la misma.

Abandona la capital francesa y desviándose de su camino se desplaza ex profeso a Rouen porque Gil deseaba recorrer la línea más larga de ferrocarril que existía en Francia en ese momento; por lo delicioso de las orillas del Sena, de las que tanto había oído hablar, y porque la capital normanda conservaba la misma fisonomía que en tiempo de sus duques, “pues las calles son torcidas y estrechas”, dice de Rouen, ciudad que le maravilla por sus posadas, la estatua de Corneille, la plaza en la que quemaran a Juana de Arco, la abadía de Saint-Ouen, “cuya primorosa y elegante torre cautivaba mi atención” y su catedral, que al visitarla le trae a la memoria la catedral de León. Esto es algo habitual en Gil, como luego veremos (véase el apartado *El paisaje es memoria*).

“Tanto los amantes de las nobles artes como los aficionados a las útiles, encontrarán en los monumentos y fábricas de Rouen cosas dignas de observarse”. Y añade, “si el tiempo se lo permite, no dejen por nada del mundo de llegar a El Havre”. También pasa por Arras, cuyo aspecto exterior e interior se le antoja muy curioso, antes de adentrarse en las cercanías de Lille, que le parecen “un verdadero bosque de molinos de viento”, que tal vez le hagan sentirse un Quijote. “Se sentía no menos bien molido y mal andante que el del caballero de la Triste Figura”, escribe Gil sobre sí mismo al inicio del *Viaje a Francia*, en la carta que dirige al director de *El Laberinto*. La referencia literaria al Quijote, como tantas otras que hace a lo largo de su viaje, es prueba evidente de la importancia que para Gil tienen las lecturas a la hora de encarar un viaje. Y el Quijote no deja, además, de ser una novela de aventuras, un libro de viaje.

Bélgica

Finalizada su etapa francesa, se adentra en campos belgas, que le hacen recordar los paisajes de los pintores flamencos y también los castellanos. Una vez más, Gil busca semejanzas con su país: “Estos campos son más llanos aún que los de Castilla, pero los arbolados dan a su superficie una especie de ondulación que templaba su monotonía”.

Llega a Bruselas de noche y le parece una ciudad linda, de la que destaca su magnífico ayuntamiento (*Hôtel de Ville*), “un soberbio edificio gótico con una torre hermosísima” y su Gran Plaza, porque su catedral, aun siendo un templo hermoso, no es como el que “ofrecen las torres de la catedral de León”. Sigue Gil haciendo patria adonde quiera que va.



Pero en este caso lo que más le llama la atención es curiosamente el paisanaje, variopinto, incluso se sorprende de que haya un gran número de “gentes morenas con ojos negros”. Y hasta se atreve a decir que la raza belga le parece superior a la francesa, sobre todo las mujeres, “muy lindas y bien formadas”. Y agrega: “Entre las del pueblo he encontrado algunas que llevaban un chal de seda negro en forma de mantilla sin velo, cosa que me ha alegrado, pues es la primera semejanza que veo de nuestro gracioso tocado nacional”. Vuelve Gil a hacer comparaciones entre el pueblo español y el belga. “La belleza de esta tierra es como la de las mujeres que nos pinta Rubens, hermosas sin duda, pero sin gracia y no sé qué”, sintetiza el escritor berciano.

Continúa rumbo a Vetheren, uno de los paisajes más agradables de Bélgica. Y de ahí viaja a Gante, cuya fisonomía le resulta interesantísima, con un *hôtel de ville* “esbelto y delicado” y “casas de un primor y gallardía increíbles. Las mejores se atribuyen a los españoles”. El gusto de Gil por las obras pictóricas lo lleva hasta la catedral de San Bavón, donde se sorprende ante las pinturas de los hermanos Van Eyck y Rubens. Y su querencia por las alturas le encamina hasta la torre *du beffroi* (del campanario) desde donde goza de una vista deliciosa. Una ciudad, Gante, que cuenta con una intensa vida cultural, según Gil, que en el camino hacia Brujas, otra “ciudad lindísima”, se encuentra con un diplomático amable, cuya conversación le resulta atractiva, lo que aprovecha para traer de nuevo a la memoria a España. “Los carruajes de este país –se refiere a Bélgica– se parecen algo a las diligencias del nuestro, por la facilidad con que se entabla y sostiene la conversación”. Y el deseo de ver el mar del Norte le lleva directamente hasta Ostende. Se queja Gil del mal tiempo desde que saliera de España. “Desde que salí de Madrid no he visto en mi viaje sino dos o tres días buenos”.

En su recorrido por Bélgica también visita la ciudad de Malinas, “linda por su pintoresca arquitectura y anchas calles” con “una obra de Van Dyck que por sí sola merece un viaje, no de camino de hierro, sino a pie”. Y en este caso vuelve Gil a referirse al paisanaje: “Mr. Teichman, actual director de caminos de este país, persona de trato agradable y abierto, como la mayor parte de los que he visto en él, donde cada día encuentro más analogía con el nuestro”. El pintor Rubens, por el que siente devoción, le lleva hasta Amberes, donde se queja de lo difícil que le resulta dar cuenta de todo en su *Diario*, “cuando las impresiones se amontonan y confunden”.

Devoto de lo artístico, Gil alaba a la gente belga, a la que considera franca y sincera, porque sabe valorar sus riquezas artísticas pues se gastan



enormes sumas de dinero en restauraciones. “¡Qué diferencia con nuestra cuitada España, donde tan bárbara devastación se ha hecho o consentido en estas obras!”. Se va contento de Bélgica, “país ameno, bien cultivado y fértil en general”, para viajar a Rotterdam en el vapor Escalda.

Holanda

Cabe señalar que Gil, en su recorrido por Europa, emplea algunos medios de transporte como carruajes, barcos a vapor y trenes. Reconoce que tenía una idea preconcebida sobre Holanda pero que estaba equivocado. “Todo este país y esta gente existe de prestado y de una manera puramente artificial, y esta sensación, nueva para nosotros, introduce en el ánimo un no sé qué de desasosiego”. Desasosegado frente un país ganado al mar, que a Gil le parece artificial –él que tanto ama la Naturaleza en estado puro–, Rotterdam no le ofrece nada especial, salvo “sus infinitos, sus innumerables barcos, su gran comercio y su prolijo aseo”. Asimismo, destaca la estatua de Erasmo, gran amigo y compañero de Luis Vives. Tanto el autor de *Elogio de la locura* como el filósofo y pedagogo valenciano son dos de sus referencias literarias¹.

Viaja en diligencia “por caminos de ladrillo y por praderas verdes como una esmeralda, y con canales siempre a la vista”, por ejemplo para ir a La Haya (El Haya, escribe Gil), que le parece una ciudad muy linda, adjetivo que emplea a menudo para calificar una ciudad. Y lo que más le llama la atención son las pinturas de Rembrandt y el ferrocarril. Se refiere a la ciudad de Haarlem como la patria de los tulipanes y a Ámsterdam como la Venecia del Norte, una ciudad alegre y animada, con un Zoológico superior al Jardín de Plantas de París –matiza Gil–, que se lamenta de que Holanda, aun siendo hermosa y verde, es fruto del ser humano, y “sus obras no pueden ostentar la variedad de la Naturaleza”. No obstante, Gil precisa que “Holanda con el Rhin por el medio tiene mucho atractivo y novedad” porque “el Rhin es un río tan notable y lleno de poesía, que por sí solo embellece la tierra por donde pasa”. Antes de abandonar Holanda se acerca a Utrecht, que no le parece interesante, salvo que es la ciudad donde coge el tren para seguir su viaje, en primer lugar rumbo a Arnheim.

¹ Véase a propósito su ensayo sobre Luis Vives en *Miscelánea*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, vol. V.



Alemania

Viaja hasta Alemania (Prusia) en barco por el Rhin y entra por la aduana de Emmerich, que a Gil se le antoja “muy cortés y atenta”. De Alemania lo que le atrae a Gil es la ternura con que los padres y las madres tratan a sus niños. Y trae a la memoria la obra de Byron, *Childe Harold* “que las aguas de este río fuesen las del Leteo”. Una referencia clave en Gil, *Las peregrinaciones de Childe Harold*, que es un extenso poema narrativo dividido en cuatro cantos. En este poema, publicado entre 1812 y 1818, el poeta inglés describe los viajes y reflexiones de un hombre joven hastiado del mundo, desilusionado de una vida de placer y deleite, mientras goza de los paisajes de las tierras extranjeras por donde va pasando.

El 1 de septiembre llega a Düsseldorf, “una ciudad muy bonita, por lo menos en su parte nueva, y su jardín, llamado Hofgarten, uno de los más hermosos que he visto, y, según dicen, de los mejores también de Alemania”. Al día siguiente visita Aix-la-Chapelle –antiguo Aquisgrán–, cuya catedral le parece interesantísima. Viaja en tren a Colonia por el ferrocarril “más extraño y pintoresco en su género que hasta ahora he visto, pues aunque no ofrece puntos de vista tan soberbios como el de París o Rouen, sin embargo, como una gran parte discurre por entre bosques y pinares con un sello de antigüedad muy grande, la soledad y agreste carácter del paisaje son muy agradables”. De Colonia le llama la atención su catedral inacabada, “que, salvo algún impensado accidente, no desespere de ver acabada en mis días, y que por sí sola merecerá un viaje”. Una lástima que su deseo no se hiciera jamás realidad.

Su siguiente destino es Bonn, donde naciera el famoso compositor Beethoven, “pueblo agradable por su situación, y donde los aficionados a la ciencia encontrarían pábulo a su inclinación”. Sin embargo, Gil confiesa que no hay mucho que ver en esta ciudad alemana, habida cuenta de que, por lo general, prefiere los entornos campestres a los urbanos. Es por esto que decide irse dos o tres días a Godesberg para hacer alguna excursión por las siete montañas. “En el camino, pero sobre todo en la perspectiva de las siete montañas, he encontrado grandes semejanzas con otras escenas iguales de España, sobre todo en León”.

También en estos parajes germanos encuentra Gil concomitancias con su tierra natal. Y le cautivan hasta el punto de llegar a decir que la visita al ruinoso castillo de Rolandseck, “un poco más arriba de Godesberg” fue uno de los días mejor empleados de su vida. El gusto por las ruinas y los castillos en ruinas es una característica de los románticos. Y Gil es un romántico al que también le gustan las alturas, los miradores, desde los que contempla magníficas panorámicas. “Los puntos más salientes de



este mirador imponderable son el castillo de Godesberg, Rolandseck y la isla de Nonnenwerth... Los pueblos, que se descubren infinitos, con tejados encarnados y azules, formando vistosos mosaicos”. Se vanagloria Gil de que Alemania es “un país visitado por todo el mundo porque conjuga el atractivo que ofrece la naturaleza y el humano”.

Y, una vez más, el espíritu de Byron sigue ejerciendo como cicerone de Gil: “Este sitio ha sido cantado por lord Byron en su *Childe Harold* – se refiere al castillo de Rolandseck–, y esto bastaría a hacerlo célebre; pero sin versos ni poetas sería siempre uno de los sitios más hermosos que la fantasía más rica pudiera imaginar”. También aprovecha para visitar la ciudadela de Ehrenbreitstein siguiendo las huellas del poeta inglés. “La fortaleza intimida tanto por su situación como por sus murallas y las innumerables troneras de sus cañones, y es muy dudoso que a viva fuerza pueda tomarse, aunque por un lado parece más débil y menos redondamente fuerte que Montjuich”. En este caso, sigue Gil con sus analogías monumentales y paisajísticas.

Su siguiente parada es “la fuerte ciudad de Coblenza, con su puente, sus murallas y numerosos barcos... el país, que da a la espalda del Rhin por aquella parte, ofrece analogías tan visibles en las desigualdades del terreno y en el color de la tierra con varios parajes del Bierzo”. Vuelve Gil a percibir estos paisajes alemanes como si fueran los de su tierra natal. Y nos lo cuenta en varios pasajes: “Estos bosques, de cuya verdura y lozanía solo he hallado ejemplo en algunas de las montañas del Bierzo y, sobre todo, entre Peñalba y Montes, cubren completamente la tierra”.

El lago de Laach también le trae a la memoria el lago de Carucedo, aunque dice que el de su país es “mucho más grande, más variado, más hermoso y más lleno de recuerdos”. Sube al castillo de Rheinfels, desde donde goza de una vista deliciosa, “con un arroyo en el fondo, que parece vivo retrato del de Agadán en el Bierzo”.

Antes de salir de San Goar recorre el Valle suizo. “Es lindo, pero nada de nuevo me ha ofrecido ni aun iguala a muchos de los que he visto en la provincia de León... Tantas son las ruinas de este género que por España se encuentran y tan escasas andan por este país, que al ver aquellas columnas he creído encontrar un recuerdo de mi patria”.

Y recuerda la descripción que hiciera Byron del Rhin en *Childe Harold*: “No solo es hermosa como poesía, sino de extraordinaria exactitud”.

Llega a Wiesbaden, que “es una ciudad lindamente trazada y con agradables paseos, pero lo que más vida le da son sus baños”. Observa Gil una variedad de fisonomías, aunque señala que el tipo alemán



predomina de un modo extraordinario. “Las mujeres hermosas escaseaban, pero había muchas de aire, vestidos y modales distinguidos”. No obstante, Gil se lamenta de que son tantas las cosas que ha visto y las impresiones tan vivas, que no está seguro de que su relato sea fiel y completo.

De Wiesbaden a Mainz viaja en tren, que es muy bueno. Visita la estatua de Gutenberg, que no le gusta nada. Allí, antes de separarse del Rhin, lee la estrofa de despedida de *Childe Harold*, volviendo a su guía Byron.

En Frankfurt agudiza el sentido del oído y se deja embargar por la música y los músicos ambulantes, que “ejecutan con bastante buen gusto”. Asimismo, se queda impresionado con el cementerio, que compara con el del Père Lachaise, de París, “tan profano en general y atildado, y tan lleno de inscripciones pomposas”. Le llaman poderosamente la atención los muchos ómnibus, diligencias, carros y, sobre todo, carruajes de postas, que existen en Alemania.

En su visita a Kassel encuentra muchas analogías con otros parajes de las montañas de León, “aunque esto es más abierto”. Y en Göttingen halla muchas buenas figuras de hombres y mujeres, “pero la soledad de sus calles ahora que está la universidad cerrada es muy grande”.

En Hannover, donde las gentes son bien parecidas, sobre todo las mujeres, Gil vuelve a reencontrarse con valles y cañadas que se le parecen a los del Bierzo, “no en las orillas del Sil o del Cúa, sino en la parte más seca hacia Fresnedo”. Y en Magdeburgo finaliza su *Diario de viaje* con la frase: “Mañana saldré para Berlín, término de mi viaje”. Sabemos que llega el 23 de septiembre de 1844 a Berlín, pero nos deja con la miel en la boca, porque nada nos cuenta en sus *Diario de viaje* de la espléndida ciudad alemana, otrora capital de Prusia. Resulta curioso y hasta sorprendente cómo, al llegar a Berlín, Gil guarda un misterioso silencio, tal vez a resultas de sus achaques, a su enfermedad. No en vano, durante el recorrido por Europa, se lamenta en alguna ocasión de haber pasado mala noche y vomitando. “He pasado muy mal la noche, como de costumbre en estos carruajes, vomitando a menudo y muy desasosegado”.

Cabe señalar que los artículos de viaje son una parte sustancial de su obra, incluso se podría decir que toda la obra de Gil está impregnada por los viajes².

² Véase el estudio de J. A. Carro Celada, *Un viajero llamado Gil y Carrasco*, en *Viaje a una provincia del interior*, vol. III, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO.



3.2. El paisaje es memoria

Viajero lírico, escritor-viajero, Gil siente devoción por personajes como el segador gallego, el pastor trashumante de Babia o el arriero maragato, que en el fondo simbolizan el ideal viajero, porque son seres nómadas y errantes como los beduinos. En este sentido concibe su vida como una impresión viajera. Y se siente cautivado por el romanticismo, por las impresiones románticas del paisaje, que en su caso también es memoria, memoria afectiva, pues cuando escribe sobre sus viajes lo hace con la mirada y la memoria de su paisaje.

El paisaje es memoria... el paisaje sostiene las huellas del pasado, reconstruye recuerdos, proyecta en la mirada las sombras de otro tiempo que solo existe ya como reflejo de sí mismo en la memoria del viajero o del que, simplemente, sigue fiel a ese paisaje. Para el hombre romántico, el paisaje es, además, la fuente originaria y principal de la melancolía. Símbolo de la muerte, de la fugacidad brutal del tiempo y de la vida³.

Y para Gil el paisaje, sus paisajes son siempre fuente de melancolía y añoranza por su tierra. De esta suerte, cuando Gil contempla un paisaje de belleza sobrecogedora se le encienden los recuerdos y su patria reaparece, adonde quiera que vaya, como una impronta morriñosa. Algo que ya hemos ido viendo a lo largo de este recorrido por Europa.

En el Romanticismo, el paisaje deja de ser un mero decorado y se convierte en espejo del alma, un espejo en el que el ser humano veía reflejadas sus ilusiones, sueños y miedos. Esta nueva percepción del paisaje, propiciada por el desarrollo de los medios de transporte, como el tren, conmueve el alma del viajero, y dentro del paisaje, la montaña cobra especial importancia, como un espacio que le permite acercarse a una forma de vida natural, como vemos también en esta obra de Gil, el cual llega a escribir en *Revista teatral* que “estudiar en los libros no es estudiar en la naturaleza, y las inspiraciones que no beban de este gran manantial corren inminente peligro de salir a la luz enfermizas y defectuosas”⁴.

Gil, como un pintor impresionista, retrata el paisaje con sensibilidad y maestría. Hay varios pasajes, a lo largo de sus *Diario de viaje*, que así lo confirman:

³ Julio Llamazares, *El río del olvido*, Barcelona, 1990, p. 7.

⁴ Véase el estudio introductorio de Árida Ares a *Viajes y costumbres*, vol. VI, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO.



La lluvia había cesado por entonces, y aunque el cielo estaba encapotado todavía, los nublados se habían remontado. Del lado del Poniente venía una claridad pálida y extraña, que revestía todos los objetos de una tinta indefinible. Los árboles goteaban mucho; el heno de las extensas praderas de la orilla izquierda yacía abatido por el peso de la lluvia; los marineros descosían sus velas para secarlas, aprovechando una brisa que venía del mar; el silencio era sumo en ambas riberas, y solo algunas barquillas, que se deslizaban como otros tantos ánades silvestres, y dos bergantines, que subían muy lentamente de El Havre con las velas extendidas y tirados por pesados caballos normandos, turbaban el espejo de las aguas. Era una escena como hay pocas o, por lo menos, de las que no había presenciado todavía.

Su espíritu romántico también aparece reflejado en su querencia por los castillos en ruinas, como ya hemos visto. Y en esta línea de contemplaciones románticas está su gusto por las visiones nocturnas del mar o su devoción por los lugares misteriosos o melancólicos como los cementerios.

Contemplación

A Gil le gusta contemplar el paisaje desde los altozanos, y desde cierta lejanía abarcadora, para luego poder hacerse una idea rápida del entorno, que le permita situarse, ver conjuntamente, en relación, todos los elementos del paisaje, que suele preferir ondulado y revestido de abundante vegetación. Esta fórmula, de las llamadas vistas panorámicas, no solo la aplica en sus *Diario de viaje* sino en otros libros como en *Bosquejo de un viaje a una provincia interior*.

“Su gusto por las alturas para viajar con la mirada y descubrir el mapa lírico de los contornos es uno de sus esquemas interpretativos del paisaje”, según nos cuenta Carro Celada en *Un viajero llamado Gil y Carrasco*, porque lo mismo sube al campanario donde anida el carillón del Ayuntamiento de Ámsterdam que se acoda sobre el puente de Corneille en Rouen para describir la soledad de las márgenes del Sena, que escala las ruinas de los castillos del Rhin, o sube los seiscientos escalones de la torre de la catedral de Utrecht desde donde se contempla el más extenso panorama de Holanda. Pero la técnica descriptiva y la costumbre viajera de Gil no se agota en esas vistas de pájaro, porque también calleja, contempla los edificios artísticos, visita los museos y galerías de arte, se extasía ante algunas obras pictóricas, entre otras de



pintores románticos. Y además se interesa por el comercio, la industria, las leyendas...

El hispanista francés Picoche dice que sus descripciones no responden por lo general a tópicos literarios sino que son visiones libres, amplias, que quieren sujetarse a la realidad, aunque sabemos que también responden a sus lecturas previas.

Influencias literarias

Aunque es consciente, como buen viajero, de la importancia de ver y conocer las ciudades, los paisajes y el paisanaje por sí mismo, su mirada está supeditada a lecturas previas, y las referencias a estas lecturas son continuas, tanto en sus viajes peninsulares (artículos de costumbres y de viajes por España y *Bosquejo de un viaje por una provincia del interior*) como por el exterior, por ejemplo en su *Diario*, inédito en vida del autor.

Entre las lecturas previas que le han influido están las que por su fuerza poética le han llevado a visitar un lugar determinado, que es visto en buena medida a través de estas lecturas. Sobresalen las de lord Byron y en particular sus *Peregrinaciones de Childe Harold*, como ya hemos visto a lo largo de este viaje por Europa.

Byron ejerce como auténtico guía espiritual en los escritos de Gil, con quien comparte su amor por la poesía, su gusto por la historia antigua, su pasión por las experiencias y relatos de viaje e incluso su interés por España, objeto del canto I del Childe Harold. Contemplando las aguas del Rhin siente deseos acaso parecidos a los del caballero Harold, personaje trasunto de su autor; visita el castillo de Rolandsek por interés paisajístico pero también por haber sido cantado por Byron; recorre la fortaleza de Ehrenbreitstein siguiendo las huellas del poeta inglés; comprueba la exactitud de la descripción que Byron hace del Rhin y, antes de separarse del río, relea las estrofas de despedida de Harold.

Gil también se refiere en repetidas ocasiones a otros poetas románticos como Schiller y Southey, o clásicos como Shakespeare y Dante, sobre todo este último; españoles (los menos) como Fray Luis de León o Calderón de la Barca, entre otros. Todos estos escritores forman parte de la biblioteca personal de Gil y Carrasco, que alude a partes de sus obras o cita breves fragmentos de ellas. Asimismo, menciona a autores como Petrarca, Goethe o Luis Vives y Erasmo, como ya hemos señalado, aunque no hace referencia explícita a sus textos.

Algunas lecturas le han impactado al autor villafranquino aunque no se refieran al lugar visitado sino que surgen evocadas, como de forma



espontánea, a partir de la visita a tal lugar. Estas pueden tener origen en lecturas más o menos recientes, como las de Dante, Espronceda, Schiller o Fray Luis (en este caso a partir de la visión de un cuadro), pero también puede tratarse de textos leídos durante la adolescencia o incluso en la infancia del autor, porque somos, al menos en parte, la huella de nuestras lecturas y circunstancias de la vida, el viaje entre ellas, las cuales revitalizan esas impresiones.

Tren: impresiones y sensaciones

Adelantándose a su tiempo, con espíritu vanguardista, Gil viaja por Europa como si fuera un *interrailero* de la época contemporánea, haciendo un largo recorrido durante cinco meses. El tren, inexistente en España en aquella época, se convierte para el autor de *El Lago de Carucedo* en un juguete atractivo, un símbolo moderno, que procura sensaciones extrañas.

Las sensaciones que se experimentan en un medio de locomoción del todo desconocido entre nosotros prácticamente son de aquellas que no pueden definirse exactamente, pues la velocidad descompasada con que pasan todos los objetos cercanos, como arrebatados por un torbellino, junto con el ruido de una sarta tan larga de carruajes, barre la vista y aturde no poco los oídos. [*Viaje a Francia*].

En España la primera línea de ferrocarril existente fue la de Barcelona a Mataró, inaugurada en 1848, seguida de la de Madrid a Aranjuez, en 1851. Y a partir de ese momento las alusiones al ferrocarril serán frecuentes en la literatura de viajes. En la prensa aparecen artículos informativos, epistolares, preferentemente, y más o menos costumbristas; a medio camino entre la carta de viaje de los ilustrados y la moderna crónica periodística.

Gil, como Mesonero Romanos, entre otros, forma parte de los escritores-viajeros románticos y costumbristas del siglo XIX, “el gran siglo de la literatura de viajes, y desde luego de la literatura de viajes por España, que fue el destino preferido por muchos ilustres viajeros de otros países que visitaron el nuestro, envuelto entonces en un halo de leyenda que ellos mismos se encargaron de difundir y de aumentar”⁵.

⁵ Ana María Freire, *España y la literatura de viajes del siglo XIX*, 2012, p. 68.



En el siglo XIX nacen en realidad los viajes de placer, los viajes organizados, manuales y guías útiles para los viajeros... el viaje como actividad y como materia de escritura.

Surge un nuevo modo de recorrer el mundo que es el viaje de recreo. Y este auge de los viajes tuvo mucho que ver con la creciente mejora de las vías de comunicación, de los transportes e incluso de los alojamientos. La mejora de las comunicaciones y la llegada del ferrocarril a mediados de siglo invitaban a trasladarse de un lugar a otro con mayor comodidad que en las antiguas diligencias o a lomos de caballería.

A medida que avanza el siglo XIX, los relatos viajeros adoptan un punto de vista deliberadamente subjetivo. Y es por esa época cuando los viajeros británicos como George Borrow, Richard Ford, entre otros, visitan España y difunden una imagen peculiar de nuestro país. Asimismo nuestros escritores-viajeros, entre ellos Gil, realizan recorridos parecidos por Europa a lo largo del siglo XIX, como es el caso de Mesonero Romanos, que había escrito, antes que el autor de *El Señor de Bembibre*, sus *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840 y 1841*. También a mediados del siglo XIX, Modesto Lafuente publicaba en dos tomos de *Viaje de Fray Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin* (1842), sin tener noticia, al parecer, de las dos obras anteriores.

Gil recorre varias ciudades europeas con la celeridad y puntualidad que procuran los trenes, que son cosa de magia. Y manifiesta la habitual preocupación del viajero-cronista romántico: dejar constancia de sus sensaciones e impresiones, la de levantar acta de todo lo visto y oído, premisa que se encontraba ya en los ilustrados, entre ellos Jovellanos.

Estas impresiones y sensaciones ante o en el tren –visto como un espectáculo insólito–, muestran la exaltación del ego romántico, tan omnipresente en la literatura viajera.

...sobre todo cuando otro convoy pasa al lado; como la velocidad se dobla, parece cosa de magia, aunque a decir verdad la tal magia mucho más tiene en apariencia de negra que de blanca... [*Viaje a Francia*].

Reconoce que esta velocidad, por la que queda impresionado, no le deja gozar de la contemplación detenida del paisaje, y solo tiene visiones vagas y confusas de los objetos. No obstante, reconoce, como también lo hace su contemporáneo Mesonero Romanos, que favorece el vuelo de la imaginación, lo que según Gil sería más adecuado para escribir un cuento fantástico que no “para una narración a la buena de Dios”, o sea, la de su viaje no ficticio, sino real, largo y arduo, que nada tenía que ver con los del Ariosto:



Al salir del valle cerró la noche... que, según el paso que iba tomando mi pluma en los anteriores renglones, se veía amenazada de una especie de inventario de viaje, y ya todo comenzó a pasar a mis ojos como un tropel de formas vagas y confusas, más propias para un cuento a manera de los de Hoffman que para una narración a la buena de Dios, como por ahí decimos, y que, lejos de embarcarse en nubes ni de cabalgar en hipogrifos como los caballeros y damas del Ariosto, camina bravamente a pie y aun cojeando de lo bueno, si no me mienten las señas". [*Viaje a Francia*].

En la ciudad francesa de Rouen, vuelve Gil sobre el disgusto que le produce que el tren no le deje gozar del paisaje; y a la vaguedad de las impresiones y, como le ocurre a Mesonero Romanos, al movimiento del vehículo les atribuye la excitación de la imaginación, pues parece así que la Naturaleza se animara:

Los caminos de hierro apenas dejan disfrutar las diversas perspectivas que presentan; pero la misma vaguedad de las impresiones y, sobre todo, el movimiento de que parecen animar a la Naturaleza adormecida excitan poderosamente la imaginación, como si el hombre se gozase en su orgullo de variar sus leyes. [*Rouen*].

Tras visitar los principales monumentos de Rouen, que describe con detalle, Gil decide dar un paseo en barca; y, al desembarcar cerca de la estación, contempla, ya de noche, la partida de un tren, que muestra con el lirismo y el espíritu melancólico de un poeta romántico:

A pocos minutos, un tren que salía para París arrancó con su acostumbrada velocidad, pero con un estrépito infinitamente mayor a causa de la pesadez del aire y del silencio de la noche y sembrando el camino de chispas brillantes que caían de la máquina, y relumbrando con los faroles encendidos de sus carruajes en medio de la oscuridad, desapareció con la rapidez de un meteoro, dejando detrás de sí un surco luminoso, que las tinieblas se tragaron al instante. Imagen más fiel del destino del hombre en la tierra apenas puede ofrecerse a la imaginación de nadie. [*Rouen*].

En sus *Diarios*, Gil sigue un modelo vigente desde los ilustrados y muy común en el periodismo de la época: el de las cartas informativas y viajeras, cuya muestra más destacada son las *Cartas del viaje de Asturias*, de Jovellanos; del siglo XVIII, que servirían como modelo a los escritores románticos, dados a los artículos de carácter epistolar, textos, en todo caso, remitidos a un destinatario preciso, como podría ser algún



amigo, otro escritor o bien el director de un periódico. Se trata de crónicas de viaje en las que prevalece lo informativo y lo documental sobre aspectos puramente literarios. Y es lo que hace Gil, como cronista en sus *Diarios*, dar cuenta de los paisajes y aun el paisanaje de las ciudades y lugares que visita en su recorrido por diferentes países de Europa.

Con exquisita sensibilidad, el autor villafranquino contempla, en unas ocasiones desde un tren, en otras desde un barco, incluso desde alguna diligencia, paisajes de gran belleza, a la vez que se lamenta de la soledad existencial que le rodea.

Y al igual que sus maestros en el periodismo, como lo fueran Larra, Mesonero Romanos o Modesto Lafuente -aunque de un modo más sintético que estos últimos-, Gil nos ofrece, además de informaciones útiles acerca del ferrocarril, las posadas o los monumentos de las ciudades, datos de viajero curioso como algunas novedades muy del siglo XIX: por ejemplo los balnearios de Aquisgrán y Wiesbaden, el teatro de la ópera y el casino de Wiesbaden, conciertos de música en las iglesias o los músicos callejeros que se encuentra en Frankfurt. Y ante la prisa con la que viaja, apunta:

Todos estos milagros se hacen en cosa de una hora, de manera que, aunque las impresiones quedan, el nombre de los lugares sin la ayuda de un guía no correría la misma suerte. [*Viaje a Francia*].

El poeta Bécquer, al que podríamos considerar como un discípulo aventajado del escritor de Villafranca del Bierzo, describió veinte años después que Gil, la partida y marcha del tren en la *Carta I, Desde mi celda* (1864), considerada el más importante texto literario publicado en España sobre el moderno sistema de automoción tras haber sido inaugurado. Y una obra maestra del periodismo español del siglo XIX.

Consideraciones finales

En estos *Diarios*, en fin, Gil nos descubre la Europa de la primera mitad de siglo XIX: sus ciudades, sus monumentos, sus paisajes, que describe con la sensibilidad y estética propias de un romántico, y también nos da algunas pinceladas del paisanaje. Y lo hace a través de sensaciones e impresiones porque, aunque viaja durante cuatro o cinco meses por Francia, Bélgica, Holanda y Alemania, la velocidad que imprime el tren, para él desconocido hasta entonces, porque en España aún no existía, no le permite recrearse como él quisiera en los paisajes, en la realidad que va pasando ante su mirada.



En todo caso, Gil con sus apuntes, con sus pinceladas impresionistas, nos cautiva y nos invita a realizar, si no este mismo viaje, un recorrido similar por esta Europa desarrollada, donde hoy los sofisticados trenes, desde el *TGV*, el *Tahlys*, *Eurostar* o el *ICE 3*, pasando por los españoles *Alvia*, *Talgo 350* o el *AVE*, entre otros muchos buenos, confortables y rápidos, nos permitirían recorrer (incluso con un billete *Inter-Rail* durante un mes) los lugares que visitó Gil y aun otros.

